Multiplicación de los Panes

Una invitación a poner nuestra vida en manos de Cristo

San Alberto Hurtado — Un disparo a la eternidad, pp. 263-270

San Alberto Hurtado nos invita a contemplar el milagro de la multiplicación de los panes como una escena que sigue repitiéndose en nuestro tiempo. En ella reconoce distintas actitudes: la multitud que necesita ayuda, Jesús que se conmueve ante su sufrimiento, los discípulos que sienten que no pueden hacer nada y un niño que ofrece generosamente lo poco que tiene.

La multitud representa a tantas personas que buscan una vida mejor. Hurtado reconoce que detrás de muchas situaciones de sufrimiento existe una profunda necesidad de justicia, comprensión y esperanza. Las personas no solo tienen hambre de pan, sino también de verdad, de bien y de alguien que las respete y reconozca su dignidad. Para Hurtado, es Cristo quien puede responder plenamente a esa búsqueda, pero advierte que muchas personas no logran reconocerlo porque no encuentran cristianos que reflejen verdaderamente su amor.

Jesús, en cambio, mira a la multitud con compasión y actúa. No permanece indiferente ante quienes sufren, sino que se acerca, escucha, comprende y busca aliviar sus necesidades. Hurtado destaca que Cristo pasó por el mundo haciendo el bien, pero aclara que se trata de:

«Un bien que no es una altiva caridad tirada al pobre, sino una efusión de un amor que no humilla, sino que comprende, compadece fraternalmente, eleva».

Esta es también la actitud que debiera caracterizar a quienes siguen a Jesús: una fe que no se limita a las palabras o al cumplimiento de normas, sino que se expresa en el amor concreto, especialmente hacia quienes más sufren.

Los discípulos representan nuestras dudas y limitaciones. Frente a una multitud hambrienta, consideran imposible alimentarla con los recursos disponibles. También nosotros podemos sentirnos sobrepasados por los problemas de nuestro entorno y pensar que no tenemos los medios necesarios para ayudar. Sin embargo, Jesús no les pide resolverlo todo por sí solos: los invita a colaborar con Él.

Es entonces cuando aparece **el gesto del niño**, que ofrece sus cinco panes y dos peces. No sabe qué sucederá ni calcula si su aporte será suficiente. Simplemente entrega lo que tiene. Hurtado resume su actitud en una frase:

«Yo tengo algo que ofrecerte y te lo ofrezco».

Para el Padre Hurtado, este gesto encierra una enseñanza fundamental: todos tenemos algo que aportar a la obra de Dios. No importa cuán pequeñas parezcan nuestras capacidades, nuestros recursos o nuestras acciones. Lo importante es la disposición a compartirlos y ponerlos al servicio de los demás.

«Nuestra vida es grande a la luz del Evangelio: nada es pequeño en ella, nada insignificante, porque todo puede ser el objeto de la bendición divina».

La multiplicación de los panes es, finalmente, una invitación a la entrega y a la confianza. Hurtado nos recuerda que Cristo quiere contar con nuestra colaboración para transformar el mundo. Nos llama a superar la indiferencia, el desánimo y el temor de no tener suficiente, para actuar con generosidad y esperanza.

Su reflexión termina con una convicción que resume el sentido de todo el texto:

«Tengamos fe: nosotros trabajamos para cuando Dios quiera, pero de nuestro esfuerzo saldrá un mundo mejor».